

HISTORIOGRAFIA

LA CONQUISTA DE LAS CANARIAS

Diario de un ataque holandés a Gran Canaria y Gomera
en 1599

P O R

JULIO-CESAR SANTOYO

El ataque holandés de 1599 a las Islas Canarias ha tenido siempre una abundante repercusión bibliográfica, y ha despertado el interés de propios y extraños, incluso mucho después de ocurridos los hechos. Por sólo citar tres autores de tres siglos distintos, puede hallarse la descripción y estudio de este desembarco en las *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, de José Viera y Clavijo (Madrid, 1776, vol. III, págs. 180-187); en el *Compendio de la Historia de las Canarias*, de José María Zuaznavar y Francia (Madrid, 1816, págs. 54-62) y en el más extenso de todos, *Praterías y ataques navales contra las Islas Canarias*, del actual catedrático de la Universidad Complutense, Rumeu de Armas (Madrid, 1948).

Pero, evidentemente, en ningún momento despertó tanto interés como en los meses y años que siguieron.

En España se publicaron aquel mismo año dos breves relatos de lo acontecido, impresos ambos en Sevilla por Rodrigo Cabrera, que respondían a los siguientes títulos:

1) *Relacion svmaria de lo svcedido en la isla de Canaria con el armada de Olanda y Celandá, de setenta y seys naos y estuuu en ella desde sabado veinte y seys de Iunio hasta ocho de Iulio siguiente de este año de nouenta y nueue, conforme a lo que se vido, y la información que se va haziendo por los señores del Audiencia Real.*

2) *La Segunda relacion de lo que se prometio en lo de Canaria, del hecho que hizieron los naturales de la isla de Gomera. Todo lo qual se tomo por fe de Escribano y se envió testimonio dello. Y succedio a los tres dias del mes de Iulio passado de mil y quinientos y nouenta y nueue años.*

En la ciudad alemana de Ulm, Johann Meder imprimió en 1612 el diario de viaje de Johann von Leubelfing (autor que tomó parte y fue testigo directo de los hechos), traducido en nuestros días al castellano por Lothar Siemens en la revista «El Museo Canario», con el título de *Libro de viajes muy entretenido, no publicado hasta ahora, que comprende en qué forma los Estados Señoriales de las Provincias Unidas de los Países Bajos prepararon una armada y la enviaron a visitar por mar las islas de Hispania e Indias Occidentales. También qué ciudades y castillos fueron tomados en Galicia y Canaria, con noticia de cuáles son los usos y costumbres que tienen los negros salvajes.*

En Amsterdam, año de 1600, y en los talleres de Hermann de Buck, salió a la luz la narración de Ellert de Jonghe *Vaerachtigh Verhael van de machtighe scheesps-Armade toegherust by de Moghende E. Heeren Staten Generael der Vereenighde Nederlandtsche Provintien, tot afbreucke des Koninghs van Spaengien, onder het ghebiet an gheleyde van Joncker Pieter van der Does, als Generael der selve...*

No era éste, sin embargo, el primer relato en flamenco, ni fue tampoco ninguno de los hasta ahora mencionados el que alcanzó mayor difusión. Este privilegio, si privilegio es, estaba reservado para la breve narración de Michiel Joosten van Heede, impresa en el mismo 1599 por Gillis Pietersg en Rotterdam con el título de *Discovrs ende Beschrijvinge van het groot Eylandt Canarias ende Gomera midtsgaders het innemen ende verlaten van dien...*

El autor parece haber tomado parte en la expedición, dado el detalle con que anota los vientos, horas y circunstancias marítimas de todo tipo, y que sólo un testigo presencial podía conocer. Acaso estuvo en su mente desde el principio del viaje la idea de componer este relato; la forma del mismo, en efecto, su disposición en jornadas sucesivas, la sintaxis cortada, a veces incongruente, el desaliño estilístico que muestra, la frecuente repetición de palabras, etc., todo

da a entender que el autor escribió durante estos meses de 1599 un diario, terminado en octubre de aquel mismo año, y entregado inmediatamente a la imprenta con muy pocas modificaciones.

La obra fue traducida al punto al francés (impresa en Amsterdam por A. Allan) y al inglés. Ambas llevan fecha de 1599.

Es esta traducción inglesa la que hoy presentamos en versión castellana.

De ella no queda hoy, al parecer, sino un único ejemplar en la Biblioteca del Museo Británico (British Library), bajo la signatura G. 7110, con una anotación manuscrita inicial en la que se lee «*extremely rare*». No se especifica en ella autoría ni se menciona el nombre del traductor.

Todo tiene en la edición inglesa el sabor de la improvisación y la prisa por comunicar al público británico la noticia y detalles del ataque holandés a las Islas Canarias. Prueba de la rapidez con que se procedió a su traducción e impresión es la deficiente presentación tipográfica, las inconsistencias gráficas (frecuentes, por otra parte, en la imprenta de la época), los errores de numeración que se aprecian en sus veintinueve páginas (1, 2, 3, 6, 7, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 17, 16, 17, 16, 21, 20, 21, 20, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29), etc.

Desconozco quién pudo haber sido el impresor londinense de este relato, cuyas iniciales en portada son P. S., aunque imagino que se trata de Peter Short.

Cierto P. S., del que se ignoran todos los datos biográficos y profesionales, imprimió en 1595, cuatro años antes de esta expedición, un panfleto titulado *A Discovery of Certain English Wants*. Su divisa era una cabeza de tigre con el lema *Auspicante Deo*, y tal vez estuviese por esta razón bajo la protección y patronazgo de sir Francis Walsingham, pues éste era también su animal heráldico.

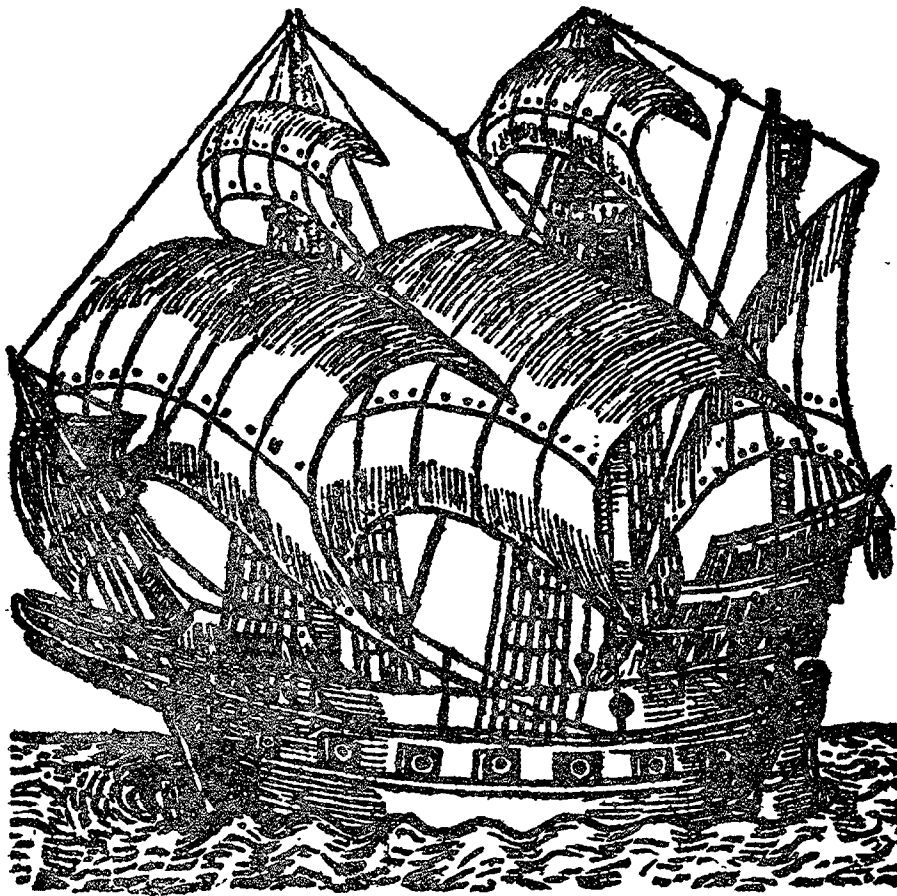
Si se tratase de Peter Short, tampoco abundan los datos en torno a su persona. Ciertamente él es el único impresor londinense de estos años con tales iniciales. Se dedicó a la imprenta entre los años 1589 y 1603. Junto con su socio Richard Yardley, Short se hizo cargo en 1589-90 del material tipográfico de otro colega, Henry Denham. La sociedad con Yardley se deshizo pronto, y Short continuó imprimiendo solo. A su muerte en 1603, la viuda siguió con el negocio unos pocos

meses, hasta que en 1604 se casó con Humphrey Lownes, del mismo gremio.

En cuanto al editor inglés de esta aventura canaria, se trata, según manifiesta la portada, de William Aspley, que desde el 5 de febrero de 1588 hasta 1597 fue aprendiz de George Bishop. En esta última fecha instaló su propia tienda junto a la catedral de San Pablo, con una enseña que representaba también la cabeza de un tigre. Posteriormente se mudó a otras dependencias, a las que dio el nombre de *The Parrot* (La Cotorra), donde continuó hasta 1637.

A partir de 1600, Aspley se dedicó casi exclusivamente a la venta de obras de teatro. De hecho, la primera aparición del nombre de William Shakespeare en los registros de la *Stationers' Company* está relacionada con William Aspley y Andrew Wise, que el 23 de agosto del año 1600 obtuvieron licencia para imprimir la segunda parte de *Henry the Fourth* y *Much Ado about Nothing*.

A continuación incluimos la traducción castellana de la versión inglesa de esta obra.

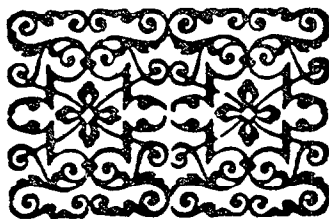


Del libro: *Orders Set Downe by the Duke of Medina, Lord general of the Kings Fleet.* Londres, 1588.

THE CONQUEST

of the Grand Canaries, made this last
Summer by threescore and thirteene saile of
shippes, sent forth at the command and direction of
the states generall of the vnited prouinces, to the
coast of Spaine and the Canarie-Isles: with the taking
of a towne in the Ile of Gomera, and the successe
of part of the saide fleete in their re-
turne homeward.

*Which set saile for Spaine the 25. of Maie, and
returned home the 10. of Septemb. 1599.*



AT LONDON

Printed by P. S. for William Aspley, dwelling in
Paules Church-ward at the signe of the
Tygers head. 1599.

Portada del texto traducido.

LA
CONQUISTA
DE GRAN CANARIA QUE EL VERANO
PASADO LLEVARON A CABO SETENTA Y TRES
NAVES, ENVIADAS POR MANDATO Y BAJO LA DIRECCIÓN
DEL PARLAMENTO DE LAS PROVINCIAS UNIDAS
A LA COSTA DE ESPAÑA Y LAS ISLAS CANARIAS: CON LA TOMA
DE UNA CIUDAD EN LA ISLA DE GOMERA, Y LA BUENA FORTUNA
DE PARTE DE DICHA FLOTA DURANTE SU RETORNO.

LA CUAL PARTIÓ HACIA ESPAÑA EL 25 DE MAYO,
Y REGRESÓ EL 10 DE SEPTIEMBRE DE 1599.

- (1) *Relación auténtica de la travesía que
el verano pasado ha llevado a cabo una flota de 73 navios,
enviados por mandato y bajo la dirección del Parlamento
de las Provincias Unidas a la costa de España
y las Islas Canarias.*

El día 25 de mayo, martes, con viento del nor-noroeste y el sol de suroeste a oeste, llegamos a Vlissingen en los veinte navíos que componían la escuadra de Rotterdam, y fondeamos en las inmediaciones de Cleiburg, a su arribo, nuestro general encontró ya dispuestas las flotillas de Holanda del norte y Zelanda.

El miércoles 26 continuamos anclados.

El jueves 27 subieron a nuestros barcos (por orden del general) dos civiles y cuatro soldados.

El viernes 28 de mayo levamos anclas con viento del norte y zarparamos de Weelings (?) con setenta y tres naves. El tiempo era bueno y pusimos rumbo oeste-suroeste. Disponía esta flota de tres almirantes. Era almirante en jefe William Derickson Cloper, en cuyo barco, /

(2) el *Orange*, que enarbolaba pabellón color naranja, navegaba asimismo el general de la armada, honorable Peter van der Doest. Zelandeses y holandeses meridionales y septentrionales formaban su escuadra. El almirante Jan Gerbrantson portaba enseña blanca, y fueron asignados a su mando los zelandeses y barcos del Mosa. Finalmente, Cornelius Gheleinson, de Vlissingen, ondeaba estandarte azul en su palo mayor, y a sus órdenes se situaron varios navíos del Mosa junto con algunos holandeses del norte. Se nos dividió así en varias flotillas, aunque yo y otros muchos desconocemos con qué finalidad.

El sábado 29 de mayo, a la vista de Calais, los navíos estaban a sotavento, a la espera de los de retaguardia. El general hizo un disparo y enarboló al punto la bandera del Príncipe, convocando a los capitanes. Descendieron éstos al instante a sus botes y acudieron a bordo de la capitana Dos pinazas (una de ellas la del general) se alejaron también entonces de la flota, pero no supimos a dónde se dirigían. Cuando regresaron los botes, varios capitanes subieron primero a los navíos de abastecimiento y trajeron consigo algunos explosivos. Con el sol ya en el sudoeste, la capitana lanzó un nuevo disparo e izó la enseña del Príncipe, a lo que volvieron a acudir los capitanes: a su regreso, el nuestro tenía una carta cerrada, y supusimos que cada uno de ellos había recibido otra semejante. Navegamos después hasta la altura de Blackness, donde fondeamos, cosa que nos dejó muy perplejos, porque el viento era excelente. Más tarde caímos en la cuenta de que se había obrado así para esperar a un gran navío nuevo de Amsterdam, pues todos los soldados que éste tenía asignados estaban en uno de los barcos de nuestra flotilla. /

(3) Tras pasar anclados la noche, izamos todas las velas la mañana del domingo 30 de mayo, con buen tiempo y viento del nordeste, y pusimos rumbo oeste-noroeste. El capitán nos leyó aquella mañana el mismo reglamento que anteriormente se nos había dado a conocer en la corte del príncipe Mauricio, y a continuación, todos juntos y al unísono, juramos observarlo. A mediodía pasamos junto a Pevensey con buen viento del este-nordeste. La tarde, en cambio, transcurrió en calma y los navíos de vanguardia arriaron velas en espera de los rezagados.

Miércoles, 9 de junio. Al amanecer estábamos ya muy próximos a la costa de España, cerca de Vivero. Soplaba viento de poniente. Navegábamos con el sol de sudoeste a oeste y en dirección noroeste y nornoroeste. Nos hallábamos frente al cabo Ortegal, a 44 grados y 25 minutos. Proseguimos con rumbo noroeste a norte para ganar el barlovento y al atardecer teníamos el cabo a unas cinco millas al oeste-sudoeste de nosotros.

Jueves, 10 de junio. Con viento este-sudoeste pusimos rumbo a tie-

rra y pudimos ver perfectamente que se trataba de Ortegal. Seguimos la misma ruta oeste-sudoeste de la costa y dispusimos todo como si poco después fuésemos a entrar en combate. Cerca de mediodía divisamos La Coruña, o mejor dicho la torre que se alza junto a la ciudad.

Viernes, 11 de junio. Al amanecer seis de nuestros barcos se adelantaron con viento nordeste a este y dirección sur-sudoeste, con intención de acercarse a La Coruña y comprobar cómo estaban allí las cosas. Seguimos hacia el sur con el sol al sudeste y el cabo Prior a babor. Poco después vimos dos barcas de El Ferrol que acudían a averiguar qué naves /

(4) eran las nuestras, porque la vispera habían divisado la flota en alta mar. Dejamos las naves al paio y nos detuvimos a esperarlos, pero ninguno de los dos botes se atrevía a aproximarse. Dimos voces a uno de ellos, diciéndole que veníamos de Hamburgo con carga de cordería y otros géneros, y le pedimos un piloto que nos guiara hasta La Coruña. El bote se nos acercó, y con gran prisa y destreza nos adueñamos de uno de los españoles, el que quedó en la barca no quiso subir a cubierta, y se apartó al instante, alejándose con toda celeridad. Pusimos inmediatamente al otro en manos del general, a quien aseguró que habían llegado a la ciudad cerca de 4 000 soldados y alguna caballería, 36 transportes de dinero y 300 toneles de vino para provisión de la escuadra española; dijo también que había pasado la noche anterior en La Coruña y que era criado del rey. Con el sol sur-sudoeste, toda nuestra armada se acercó a La Coruña y allí encontramos, próximo también a la ciudad, el galeón nuevo de Amsterdam.

Echamos anclas a una profundidad de diez, doce y trece brazas, de modo que podíamos ver la gente que se agolpaba en la orilla y en las murallas de la población. Desde el castillo y la ciudad disparaban contra la flota con su poderosa artillería. Lanzaron más de doscientos cañonazos, que tocaron a algunos barcos, aunque no se perdieron vidas ni fue grande, por otro lado, el daño recibido. Había otra fortificación al este de la ciudad, desde donde también nos dispararon con saña, pero con escasa precisión, puesto que no sabemos que alcanzaran a ningún navío, a excepción del *Moy Lambert*. Esto fue extraño, sin duda, dado que las naves estaban muy próximas entre sí /

(5) y, a su vez, muy cerca del fuerte. Al pie de éste había además doce grandes galeones y algunos barcos franceses, que también hacían fuego de vez en cuando contra la flota; pero se hallaban tan cerca de las murallas que no pudimos causarles ningún daño. Consideró con acierto la situación nuestro encomiable general, y ordenó que todos los capitanes y consejeros acudieran a su nave para sostener con ellos una consulta en torno al tema y hallar la forma mejor de invadir la

ciudad enemiga; no obstante, en vista de que había tropas numerosas y atentas, y que desde hacía cinco semanas se sabía nuestra llegada por noticias procedentes de Amsterdam y por los informes de un francés, decidieron no bajar aquí a tierra. Debido a la ausencia de brisa, nos vimos obligados a remolcar los barcos con los botes, a pesar de que el enemigo seguía disparando Partimos, pues, de La Coruña sin beneficios ni resultados de ninguna clase, dejando a los papistas de la ciudad como los habíamos encontrado. Con viento sur-suroeste pusimos desde allí rumbo al cabo San Vicente, con intención de llegar a Sanlúcar y caer repentina e inesperadamente sobre sus habitantes.

El sábado 12 de junio continuamos con viento favorable por la costa de Galicia. A mediodía pasamos frente a las islas Sisargas y tomamos la ruta del cabo Finisterre.

Domingo, 13 de junio. El general dio un bando con órdenes estrictas, prohibiendo que todos los embarcados jugaran a cualquier clase de juego, fuera en tableros, con cartas o con dados, y tanto por pasatiempo como por dinero o a crédito.

Lunes, 14 de junio. Sopló con tanta fuerza el viento del norte que no podíamos adecuar las gaviotas al trinquete, vuelto éste hacia el sur. Con el sol en este punto cardinal /

(6) y a una latitud de 41 grados y 20 minutos, dejamos Oporto a babor

Con la primera luz del martes 15 de junio divisamos el cabo Roxent y aminoramos nuestra marcha, a la espera de que se reagrupase la flota. Proseguimos en dirección sur-suroeste con el mismo viento, a una latitud de 36 grados.

Hacia la tarde del miércoles 16 de junio vimos a estribor de la armada dos barcos desconocidos; algunas naves se dirigieron a ellos y los abordaron: era uno un navío inglés de guerra y el otro una nave española de tres mesanas. El capitán inglés comunicó a nuestro general que ya había enviado a Inglaterra otras dos presas, y que ahora regresaba con ésta porque casi había agotado sus provisiones

Jueves, 17 de junio Tiempo tranquilo y calmo

El viernes 18 de junio navegamos con rumbo sur-suroeste y viento de nor-nordeste. El general convocó a todos los capitanes y pilotos para preguntarles quién de ellos estaba más familiarizado con las Canarias y ver con qué medios se contaba para desembarcar las tropas y conquistar y ganar las islas. Cerca de mediodía se designó a los capitanes con mando en tierra. El general repartió también nueve o diez estandartes nuevos, según el número de los barcos, y asignó asimismo a cada nuevo capitán un alférez, un teniente y otros oficiales, además de ciento treinta soldados y marineros, y les dio instrucciones acerca de como debían proceder en tierra.

Sábado, 19 de junio. El general dispuso que los capitanes no entregaran provisiones sino dos veces al día, y esto en grupos de a seis. Se

daría a cada grupo cinco jarras diarias de cerveza en la medida de Rotterdam; /

(7) cinco libras de pan únicamente; un queso de seis libras; y una libra de mantequilla a la semana; y del mismo modo se estableció el reparto de gachas de avena, habichuelas y guisantes. Los capitanes Hertman y Pijc recibieron órdenes de mandar en tierra sendas compañías de marineros, cada una con 130 hombres. Harman Thunesson y De Bloome fueron designados alféreces de los capitanes Henrick Pijc y Henrick Hertman. El mismo día se les hizo entrega de los estandartes.

Los días 20, 21 y 22 proseguimos hacia el sur-suroeste, con viento del norte.

Miércoles, 23 de junio. El viento sopló del nor-noroeste. El general convocó de nuevo a todos los capitanes de mar y tierra, y planearon con detalle la estrategia del ataque que seguiría al desembarco. De acuerdo con la latitud, nos encontrábamos entonces a treinta y seis millas de Gran Canaria

Jueves, 24 de junio. Continuamos en la ruta anterior. Cuando el sol estaba ya en el oeste-noroeste, divisamos tierra al sudeste de nuestra posición: tomamos este rumbo y toda aquella noche seguimos con gran esfuerzo y cuidado hacia la costa.

Viernes, 25 de junio. Avanzamos rumbo a tierra para asegurarnos de cuál se trataba y comprobamos que era Lanzarote; también vimos Fuerteventura, que tiene veinticuatro millas de extensión, y entre ambas un islote llamado Alegranza. Seguimos después al suroeste a lo largo de la costa de Fuerteventura, tierra de montañas muy altas. Cuando el sol estuvo al suroeste dejamos atrás la isla de Fuerteventura y en el mismo rumbo la perdimos de vista. Alrededor de las dos de la tarde divisamos Gran Canaria y durante algún tiempo mantuvimos la misma ruta. Tras asegurarse el general /

(8) de qué isla era, todos los navios recogieron velas y permanecieron a sotavento, continuando así hasta más allá de la media noche; en ese momento izamos velas y nos encaminamos hacia la costa, con rumbo de poniente (*).

En la mañana del sábado 26 de junio toda la flota navegó al oeste, directamente hacia tierra con viento del noroeste, y se hicieron los preparativos oportunos para el desembarco. Cerca ya de la orilla, la armada fondeó en las proximidades del gran fuerte que se eleva al nor-noroeste de la ciudad, desde donde comenzaron a dispararnos con intensidad. Las naves del general y del vicealmirante, junto con las demás que disponían de artillería gruesa, echaron anclas al pie mismo del castillo y durante algún tiempo compitieron con sus intensas andanadas. El más-

(*) Al margen figura la siguiente anotación: Toda la flota neerlandesa llega frente a la isla y ciudad de Gran Canaria

til principal del general, así como el de mesana, quedaron atravesados por los disparos enemigos, que también alcanzaron seis o siete veces la nave del vicealmirante, es decir el galeón nuevo de Amsterdam; de manera que algunos soldados y marineros perecieron antes incluso de bajar a los botes que habían de llevarlos a tierra. Pero, a su vez, nuestros barcos enfilaron tan certeramente su artillería contra el castillo que quienes lo defendían comenzaron a desfallecer, con lo que no dispararon ya con tanta frecuencia y continuidad como antes. Empujaron nuestros hombres los botes repletos de soldados hasta la costa, y las naves que no habían podido descargar su fuego contra la fortificación lo hicieron ahora contra la orilla, pues en ella los enemigos habían instalado una batería de tres cañones de bronce y se estaban concentrando muchos en el punto donde iban a bajar a tierra nuestros soldados. En cuanto el general y la mayor parte de los botes de desembarco se agruparon, remararon todos a una hacia la costa, mientras proseguían aún durante cierto tiempo los disparos procedentes de uno y otro bando. No obstante, como el general observara que los españoles no iban a abandonar /

(9) la posición, avanzó con ánimo valeroso, saltaron al agua, que les cubría hasta la cintura, y se enzarzaron en batalla con los contrarios. Con todo, los no menos valerosos españoles resistieron el empuje y perecieron en consecuencia algunos de nuestros soldados y marineros, antes de que el enemigo iniciase la retirada: el lugar, en efecto, era desfavorable y poco apropiado para el desembarco; sin embargo, acabaron con la mayor parte de los enemigos, en número de treinta o treinta y seis. Un disparo alcanzó también la pierna derecha del gobernador español, que montaba a caballo. El general, Peter van der Doest, saltó el primero a tierra y recibió una lanzada en la pierna y cuatro más en el cuerpo; si uno de los soldados no hubiese matado al español que le atacaba, habría estado en gran peligro de perder la vida; no obstante, las heridas fueron de poca monta. En cambio su alférez pereció de un disparo en la garganta; el capitán Krujc de otro en la cabeza; y antes de que pudiesen poner el pie en tierra, hubo asimismo cuatro soldados muertos y quince heridos en la pinaza del general. Mas cuando nuestra gente se lanzó con un solo espíritu contra el enemigo, dejaron éstos tras sí la artillería y huyeron de la playa, corriendo todos a resguardarse en la ciudad; llevaban con ellos al gobernador, caballero de la Orden de la Cruz, herido en una pierna. En la orilla abandonaron treinta y seis cadáveres, a los que despojamos de lo que tenían encima. Luego enterramos a nuestros soldados muertos ganada así la playa, formamos en orden de batalla y los botes se dirigieron vacíos a las naves; pero después de nuestro triunfo, el castillo no hizo ya ningún disparo contra ellos. Poco más tarde los botes regresaron de nuevo llenos de soldados. Cuando desembarcaron, los que tenían por primera vez

mando en tierra nos distribuyeron en siete contingentes o batallones, con un total de veinticuatro compañías de soldados /

(10) y marineros, y veinticuatro estandartes (*). Avanzamos entonces un trecho, en formación y en líneas de veintiuno en fondo. De improviso se acercaron corriendo al general tres marineros que habían estado en la fortaleza, con recado de que los españoles deseaban rendirla si sus vidas y bienes quedaban a salvo. Acudió el general con algunos capitanes y soldados y, confiados los enemigos en su favor y clemencia, pusieron el castillo en sus manos (**). Dejaron en él toda la artillería, a saber, nueve cañones de bronce y seis de hierro, así como el resto de las armas. Había en el fuerte unos ochenta españoles, artilleros algunos, soldados otros, y el resto civiles de la isla que habían contribuido a su defensa. Encontramos además la pólvora, balas y mechas necesarias para la artillería, amén de treinta arcabuces cortos. También aparecieron cincuenta y ochó presos; los demás habían sido asesinados de un disparo durante el combate, y algunos habían huido. Los prisioneros de dos pequeñas naves capturadas en la rada y los de un barco que habíamos hundido con la artillería mientras los tres se encontraban al pie mismo de la fortaleza, fueron todos conducidos a nuestras naves, a excepción de tres de sus jefes, que el general conservó a su lado para obtener de ellos información. Envío en seguida ochenta soldados al castillo, que arriaron la bandera real y enarbolaron el estandarte del Príncipe. En aquel punto trajeron ante el general dos negros que habían encontrado en el monte, y que dijeron que se habían quedado allí dormidos y que nada de nada sabían. Cuando comenzó a oscurecer, avanzamos un buen trecho hacia la ciudad; cuatro compañías se acercaron a ella y otras cuatro quedaron a retaguardia: los del Mosa y los de Amsterdam permanecieron algo alejados, /

(11) al pie de las colinas; los zelandeses y holandeses del norte continuaron a la orilla del mar. En estas posiciones pasamos toda la noche.

Transcurrida ésta, el domingo 27 de junio, muy de mañana, avanzamos al unísono los siete batallones hasta las inmediaciones de la ciudad de Canaria, ante la que nos detuvimos unos momentos en formación. Pero los ocupantes del castillo que defiende la población disparaban con tal intensidad que dos batallones se retiraron tras la protección de un altozano, donde nos vimos algo más libres del fuego. Este fuerte nos causó muchas bajas mientras estuvimos allí, porque antes de que pudiésemos atrincherarnos hubo ocasiones en que las andanadas eran de cinco o seis disparos. Cuando vieron que los nuestros habían construido una pequeña defensa contra sus cañonazos, pusieron en una altura cinco o seis piezas cortas de bronce, llamadas fal-

(*) Al margen figura la siguiente anotación: Veinticuatro compañías de holandeses en total.
(**) Al margen figura la siguiente anotación: Conquistado el primer fuerte.

conetes (que apenas disparaban una libra de pólvora) y de tiempo en tiempo lanzaron con ellos proyectiles de madera, con los que al principio nos causaron muchas bajas: tan ventajosa era la posición en que habían situado esta artillería. El enemigo capturó a uno de los soldados que, en número de diez o doce, habían subido hasta lo alto de la colina, e inmediatamente lo mataron e hicieron cuartos. Vio nuestra gente la crueldad que usaban con él y al atardecer hicieron prisionero a un español y lo midieron por el mismo rasero. Advirtió el general que los cañones enemigos habían ocasionado numerosas muertes y ordeno en consecuencia que trajesen del castillo capturado el día anterior cinco cañones de bronce. A última hora de la jornada comenzamos a construir una batería y aquella misma tarde instalamos tres piezas, dos de ellas listas para abrir fuego al momento contra el fuerte y la colina; pero no hicimos este día sino cinco o seis disparos. Mientras nuestros hombres disponían la batería y situaban /

(12) los cañones, el enemigo colocó los suyos en contrabatería y, antes de que estuviésemos preparados y puestas las piezas en su lugar, el fuego contrario alcanzó a muchos de los nuestros, entre ellos al comisionado Peter van den Eynde, al que un disparo golpeó en la pierna. Tres días más tarde falleció. Cuando hubo oscurecido, todas las fuerzas que nos encontrábamos junto a la ciudad formamos una vez más en orden de batalla y en líneas de quince en fondo, y así transcurrió aquella noche.

Al amanecer el 28 de junio cada cual regresó a sus posiciones. Trajeron dos cañones más a la batería, que al momento situaron en un terraplén, y comenzamos a batir el castillo con cuatro piezas, mientras con la quinta abríamos fuego contra la artillería menor del cerro. El enemigo colocó muchas sacas de lana, toneles y barriles llenos de piedras en los muros para defenderse algo más de nuestro ataque; pero una bala de hierro que dio casualmente en uno de los barriles les hizo numerosas bajas: las piedras salieron disparadas de modo harto sorprendente y perecieron con ello muchos de los defensores. Cuando los disparos de nuestra artillería consiguieron aminorar su resistencia, cuatro compañías iniciaron la marcha a las colinas con intención de desalojar al destacamento que allí había instalado los falconetes. Al verse atacados por todas partes (pues la mayoría de los cañones del fuerte habían quedado fuera de combate e inutilizados, y por orden del general habíamos prendido fuego a la puerta de la ciudad), hacia mediodía desertaron todos del castillo, la colina y la ciudad, y con sus mujeres, hijos, dinero y joyas huyeron al monte. Observaron esto nuestros hombres y se situaron /

(13) en orden de batalla y líneas de quince en fondo. Comprobó el general que los españoles escapaban ignominiosamente e hizo que de

una iglesia que estaba fuera de las murallas le trajeran dos escalas. A pesar de que una de ellas era demasiado corta, con la otra subió a lo alto del muro, y así entramos en la ciudad. Otros ocuparon también cerca del mediodía la fortaleza, sin encontrar resistencia (*). El enemigo había minado la puerta, pero se incendió al aproximarnos a ella y nadie recibió daño alguno. Además habían desparramado pólvora por distintos lugares, pero nuestros hombres la prendieron fuego; en cuanto entramos en este castillo se arrió la bandera real y enarboló la del Príncipe de Orange. Dentro encontramos cinco cañones de bronce. Cuando todos entramos en el recinto de la ciudad, formamos nuevamente en filas de a quince en una explanada. Los soldados que habían penetrado desde el lado de la colina trajeron al general un hombre de Vlissingen que habían sacado de la prisión; habló con él y, junto con algunos capitanes, le acompañó después a la cárcel, donde encontraron treinta y seis presos más, a los que al instante se puso en libertad. Estos declararon que los españoles se habían llevado a las montañas dos prisioneros condenados a la hoguera, uno inglés y otro holandés, detenidos por el Santo Oficio. Así fue como con la ayuda de Dios tomamos hacia mediodía la gran isla de Canaria y la ciudad de Las Palmas, que atacamos con su propia artillería y escalamos con sus propias escalas. Al caer la tarde nos alojamos en las casas de la población. Las que ocupó el general estaban por cédula escrita exentas de pillaje, /

(14) sin que pudiese sacarse de ellas cosa alguna; las demás quedaron abiertas al saqueo individual. Pero para cuando nuestra gente entró por la tarde en la ciudad, los españoles ya habían sacado al monte lo mejor que tenían. Los alojamientos se distribuyeron según cada capitán y compañía. Sin embargo, nos vimos obligados a mantenernos muy alerta y apostamos centinelas en los altos, lo mismo que en la ciudad, porque el enemigo se dejaba ver con frecuencia en los riscos cercanos.

En la mañana del 29 de junio algunos marineros se internaron entre estas colinas, pero los españoles, más familiarizados con la zona, cayeron de improviso sobre ellos y dieron muerte a veinte. Por la tarde cerca de trescientos soldados se dirigieron a un pequeño castillo que se levanta a una media hora de camino de la población. Cuando el enemigo advirtió su presencia, abandonó el lugar y se refugió también en la montaña. Subieron los soldados al fuerte y hallaron en él tres cañones de bronce. Quedó un retén de un cabo y varios soldados para hacer la guardia, y los demás regresaron a la ciudad. Aquella misma noche los españoles capturaron a un soldado que cubría uno de los puestos alejados e inmediatamente lo mataron.

En cuanto amaneció el día último de junio, comenzamos a trasladar a bordo el botín de vinos y otros géneros que correspondía al ge-

(*) Al margen figura la siguiente anotación: Conquistado el segundo castillo y la ciudad de Gran Canaria.

neral y capitanes. En torno a la hora de mediodía acudieron a nosotros tres españoles principales, que asomaron primero entre los cerros con bandera blanca en la mano y que al punto trajimos ante el general; poco más tarde vinieron otros dos; pero después de permanecer breve rato con él, se marcharon. Por la tarde se presentaron ante nuestros centinelas otros siete españoles con bandera de /

(15) tregua, pidiendo hablar con el general: no obstante, se los rechazó nuevamente y regresaron a sus montañas.

El día 1.º de julio de 1599, por la mañana, mientras nuestra gente estaba en las colinas, acudieron dos frailes y tres españoles más, solicitando que se los condujese al general; así lo hicieron los nuestros, pero aquél se negó a recibirlos, y se los devolvió a su lugar de origen. La razón era que entonces estábamos muy ocupados con el embarque del botín. En la misma fecha el predicador de Ijsselmonde pronunció un sermón de gran devoción en la iglesia mayor de Gran Canaria, en el que dio gracias a Dios por aquella considerable victoria y le pidió que tuviese a bien acrecentarla diariamente, para gloria de su nombre. A este sermón asistió el general y una audiencia de cuatrocientas personas.

El 2 de julio de 1599 se pregonó la prohibición de que nadie fuera más allá del último puesto de guardia en los cerros. Ordenaron asimismo que se hiciera retroceder a todos los españoles que acudiesen con bandera de tregua a parlamentar con el general, y que se matara a cuantos viniesen armados. Una de nuestras pinazas capturó un barco de pesca a la altura de la isla de Fuerteventura; había en él siete españoles, que trajeron ante el general e inmediatamente encerraron en prisión.

3 de julio. Comenzamos por la mañana a trasladar a bordo todas las campanas, cañones y munición que el enemigo había abandonado en su huida. A la misma hora dos mil soldados recibieron la orden de partir para la zona montañosa en busca del enemigo, escondido allí con sus mujeres, hijos y pertenencias, tal como habían escapado de la ciudad. En cuanto se acercaron /

(16) a ellos, comenzó el encuentro armado, con gran ardor por ambas partes; sin embargo, el enemigo se vio obligado a retirarse, a pesar de conocer mejor que nuestra gente aquel terreno. Regresaron los nuestros con unas setenta bajas, entre ellas el capitán Jacques Derickson y su contramaestre, que cayeron muertos; el resto volvió a sus alojamientos respectivos en la ciudad.

4 de julio. Iniciamos por la mañana el incendio de la población e hicimos estallar con pólvora el castillo inmediato; igualmente prendimos fuego a los conventos e iglesias exteriores al recinto amurallado y próximos a la orilla del océano. Con la ciudad en ascuas, formaron de

nuevo los soldados y salimos camino de Graciosa, la fortaleza que tomamos en primer lugar, donde nuestros hombres subieron a los botes y de allí a los navíos. Poco después de dejar la ciudad entró en ella el enemigo e intentó por todos los medios extinguir el fuego. Mientras embarcábamos, grupos de cinco o seis españoles aparecían a veces a nuestra vista, pero no se atrevían a aproximarse. Cuando embarcó también la retaguardia, prendimos fuego a aquella nuestra conquista inicial, y a continuación el capitán Quyt y sus soldados pasaron a las naves junto con el botín que habían cobrado en la rada, pues el barco que antes ocupaban estaba ahora a punto de hundirse.

5 de julio. Seguíamos en aquella ensenada, cuando el general disparó dos piezas de artillería, izando asimismo dos banderas con los colores del Príncipe, señal que indicaba que debían acudir a él todos los capitanes de navío con uno de sus pilotos y los capitanes con mando en tierra. Acudieron al instante en los botes y /

(17) preguntó el general a los pilotos familiarizados con aquella costa cuáles eran las islas más vulnerables y dónde podía desembarcarse con mayor ventaja. Al atardecer el barco del capitán Quyt se prendió fuego y fue preciso arrastrarlo hacia la orilla. Con esta fecha se nombró al hasta entonces teniente del capitán Kloyer nuevo capitán del barco de Jacques Derickson, que había perecido asesinado en las montañas. A su vez, el oficial de banda del general ocupó el puesto de teniente del capitán Kloyer.

A causa del viento contrario y otras dificultades que entonces surgieron, así como porque la brisa impedía el regreso de las naves anteriormente enviadas a altar mar, el 6 de julio continuamos en aquella rada, al pie del fuerte de Graciosa. Cerca de mediodía cuatro españoles con bandera de tregua bajaron desde la ciudad a la orilla, justo enfrente de nosotros. Los botes trajeron a dos de ellos a la nave capitana, mientras los otros dos quedaban en la costa con la bandera blanca. Pasaron toda la tarde con el general; después los devolvimos a tierra y regresaron a la población.

El día 7 por la mañana seguíamos en el mismo sitio, cuando otros cuatro descendieron con idéntica señal a la playa, frente a nuestros navíos. Al verlos la flota, un bote enviado a la orilla acercó a los cuatro hasta el general. Traían el rescate de algunos compatriotas suyos que habían entregado el fuerte de Graciosa a satisfacción del general, y por los que se habían solicitado distintas cantidades, según el cargo y cualidades de cada uno. Un bote devolvió a tierra a rescatadores y rescatados, /

(18) que marcharon así a la ciudad.

8 de julio Dos horas después de salir el sol la capitana y demás naves izaron velas, llevando con ellas a los españoles que no habían

sido liberados, y continuaron bordeando la costa de Gran Canaria. Este día falleció Jan Cornelesson Zwartekes, a quien un cañonazo había cercenado la pierna durante el ataque a la isla. Cuando rebasamos ésta y la dejamos a nuestras espaldas, vimos el barco del capitán Hertman y tres más que estaban fondeados. Levaron anclas al divisarnos y continuaron con nosotros. Estos eran los navíos que el general había enviado anteriormente a mar abierto. Navegamos unidos hasta que el sol se situó a occidente. Comenzó a levantarse entonces un viento cada vez más recio, hasta el punto de no poder mantener fijo el rumbo y vernos obligados a dirigirnos al sudoeste de Gran Canaria, donde anclamos. Desde allí distinguíamos Tenerife, con la elevada montaña que llaman El Pico, y otra isla. Nos encontrábamos a catorce millas del Teide, pero parecía por su gran altura que sólo nos separaba de él una distancia de cuatro o cinco; bien es cierto que durante el día y a plena luz no podíamos verlo.

Así fondeados, en la mañana del 9 de julio la mayor parte de los botes partieron hacia la costa en busca del agua dulce que pudiera encontrarse. Llevaron también con ellos el cadáver de Jan Cornelesson, hijo del oficial mayor del almirantazgo de Rotterdam, apellidado Zwartekes, que fue dignamente enterrado en tierra firme y seca. Después prendimos fuego a unos montones de leña apilada entre los árboles de la orilla. No vimos allí ningún español.

10 de julio Los botes devolvieron /

(19) las tripulaciones a sus barcos respectivos, que levaron anclas e izaron velas con viento del noroeste. Pero cuando ya todos navegábamos, amainó la brisa y, por falta de ésta y por la gran calma que sucedió, las naves quedaron a la deriva.

El 11 de julio por la mañana un recio vendaval empujó desde el nordeste las gavias, pero varió considerablemente a medida que nos acercábamos a la isla de Tenerife. El viento hinchaba a veces las velas de seis o siete barcos, al igual que las de los demás que navegaban próximos a la costa, y a veces desaparecía, por lo que íbamos a la deriva, sin poder ajustarnos al viento o al rumbo, y viéndonos obligados a cambiarlo aquella jornada en más de doce ocasiones.

*Relación de la conquista de Gomera,
una de las Canarias, y de cómo después
dejamos la isla*

12 de julio Avanzamos con ráfagas muy variables a lo largo de la extensa isla de Tenerife, al amanecer se fijó un tanto el viento y las gavias se hincharon con aire fuerte del noroeste. Cuando se hizo completamente de día vimos que los barcos se habían distanciado unos de

otros por la inestabilidad del viento. Algunos derivaban en la calma, otros tenían algo de brisa. Como la flota se encontraba en su mayor parte a nuestra izquierda, nos dirigimos sin dilación a ella. Una vez reunidos, tratamos de alcanzar la isla de Gomera, /

(20) en la que se levantaba una pequeña ciudad. Por la tarde, y aunque muchas de nuestras naves se encontraban ya cerca, la mayoría estaba aún a sotavento, de modo que nadie pudo llegar a la población antes de que cayera la noche. No obstante, Jan Gerbrantson, el almirante que enarbolaba bandera blanca, su vicealmirante y tras ellos una pinaza, se acercaron a la ciudad en el momento del crepúsculo y primera oscuridad. Tanto se aproximaron a tierra que sus habitantes dispararon dos cañonazos, aunque no dieron en el blanco. Ante esto, él y los demás barcos que le acompañaban se alejaron un tanto, recogieron velas y echaron las anclas. El resto de los navíos que habían quedado atrás hizo también lo posible por ponerse a su altura frente a la isla.

Con la capitana de enseña blanca así fondeada cerca de Gomera, casi todos los barcos de la escuadra estaban aún en la mañana del 13 de julio entre esta isla y Tenerife, de modo que una parte de ellos había dejado atrás la ciudad y en ocasiones tuvimos que andar buscando a los que se encontraban a sotavento para guiarlos hasta nosotros. Mientras navegaba, y cuando la mayoría se hubo acercado ya a la isla, el general convocó a todos los capitanes, al tiempo que ponía rumbo a Gomera. Las restantes naves procuraron seguirle y fondearon en torno a la cabecera del valle que hay al nor-noroeste de la ciudad. Una vez ancladas, bajaron los capitanes a los botes y acudieron hasta el general para informarse de sus planes. Permanecieron allí cierto tiempo y, cuando regresaron, escogieron cuatro compañías de soldados, que desembarcaron en el valle. Después levaron anclas todas las naves y se dirigieron en derechura hacia la ciudad, /

(21) donde fondearon de nuevo. Permanecimos juntos, pues, en esta rada, disparando algunos cañonazos contra la ciudad; pero ellos no dieron muestra alguna de resistencia, porque tan pronto como nos divisaron enterraron cuatro cañones de bronce que había en la orilla, inmediatos a un pequeño fuerte. Las otras seis compañías desembarcaron también sin resistencia: efectivamente, los españoles habían huido a las montañas con sus mujeres, hijos y las pertenencias que con ellos pudieron llevarse (*). Cuando las cuatro compañías que habían desembarcado primero vieron (por su camino de la ruta de la montaña) que el enemigo escapaba al monte con todas sus posesiones, se envió a cierto número de soldados a detenerlos y a arrebatárles lo que transportaban. Para llevar a efecto este plan, los soldados descendieron

(*) Al margen figura la siguiente anotación: Los españoles abandonan la ciudad de Gomera.

desde lo alto hasta el valle con intención de caer de improviso sobre los contrarios, pero éstos adivinaron sus intenciones y se escondieron en unas cuevas próximas hasta el momento en que los soldados alcanzaron el valle. Advirtieron entonces los españoles que eran lo suficientemente numerosos como para hacerles frente y salieron de repente de sus madrigueras, acosándolos por los dos flancos. Cuando los nuestros se vieron así rodeados, se comportaron del modo más heroico, hasta el punto de matar a muchos enemigos; no obstante, perdimos allí ochenta vidas, entre ellas las de dos tenientes (uno, el hijo de Meerbeck; otro, un teniente del capitán Bynon (**). Fueron tan despiadadamente asesinados que sus cuerpos recibieron más de cincuenta heridas. Así interceptó el enemigo a aquellos valerosos héroes. El resto de las cuatro compañías, que no habían sido testigos de la saña de los españoles, bajaron por la tarde de las colinas /

(22) y regresaron a la ciudad. Poco después de su llegada se establecieron centinelas en todos los puntos de la población, y algunos soldados comenzaron a cavar la tierra en busca de lo que podían haber enterrado los españoles; pero no encontraron entonces nada, a excepción de algunos toneles de vino.

Al atardecer trajeron un prisionero español, que entregaron por orden del general al capitán preboste para que nos guiara hasta los lugares donde los españoles habían ocultado sus riquezas. Nada pudo hacerse entonces, sin embargo, porque la noche se acercaba y ya empezaba a haber demasiada oscuridad; de modo que encomendaron aquel hombre a la custodia de un guardián hasta que a la mañana siguiente se llevase a cabo lo planeado. Pero avanzada la noche y debido al poco cuidado que el guardián tuvo con el detenido, éste escapó furtivamente y se escondió en las montañas.

El 14 de julio por la mañana todos los botes volvieron a tierra y regresaron con lo que el enemigo había dejado en su huida, que no era sino vino, pues se habían llevado consigo absolutamente todo lo demás y casi no había quedado nada en la ciudad, a excepción de los toneles enterrados. Por la tarde las tropas descubrieron tres campanas, ocultas también en unos campos sembrados de trigo.

15 de julio. Cuando un grupo de diez o doce soldados recorría por la mañana el monte en busca de caza y botín, fueron repentinamente rodeados por el enemigo, que mató a seis u ocho. El resto buscó su salvación en la fuga. Cerca de mediodía se pasó revista general para ver cuántos habíamos perdido. Los barcos designados para regresar a Holanda empezaron a distribuirse entonces los víveres. En la misma fecha encontramos dos cañones de cobre: /

(**) Al margen figura la siguiente anotación Muerte de ochenta holandeses y de algunos españoles

(23) medía uno dieciséis pies y medio de largo y el otro cerca de catorce.

El día 16 por la mañana el general convocó en su navío a todos los capitanes; la razón era que algunos de éstos no habían enviado víveres a las tropas de tierra, que pasaban hambre, por lo que varios soldados se habían quejado al general. Después de mediodía el enemigo se acercó al altozano que domina la ciudad dando gritos y voces a nuestros hombres para que fuésemos a recuperar los mosquetes. Por la tarde desembarcaron muchos marineros armados, y se hicieron todos los preparativos para salir a los montes a la mañana siguiente muy temprano en busca de los arcabuces, mosquetes y demás armas que los españoles, en son de mofa y burla, nos habían incitado a arrebatarnos. Mas cuando ya todo estaba dispuesto para este ataque, ocurrió que aquella misma noche se levantaron fuertes ráfagas de viento, cuya intensidad fue en aumento hasta convertirse en una violenta tempestad. A pesar, pues, de que la flota estaba al cobijo de la isla y en la cala de la ciudad, algunos barcos se vieron obligados a levantar anclas y salir a mar abierto para impedir que les ocurriera una posible desgracia, ya que estaban muy próximos entre sí. Cuando se apartaron un tanto, echaron de nuevo anclas y allí permanecieron. Este es el motivo por el que se pospuso el plan mencionado del general. Nosotros lo consideramos como un aviso para que el general protegiera y librara a su gente de los sanguinarios españoles escondidos en los agujeros y madrigueras del monte, que quizá podrían haber matado a muchos de los nuestros. Y a propósito de esto: bien pueden llamarse «canarios» o «canes», según el nombre de las islas, pues «Canaria» no quiere decir sino «perruno»; son efectivamente tan veloces como /

(24) los perros, y tan crueles y sanguinarios como el lobo salvaje o cualquier otra fiera; de esto dieron amplio testimonio, pues en cuanto se apoderaban de alguien, haciendo honor a su nombre de «canarios», al instante lo despedazaban como perros rabiosos.

Cuando el día 17 terminó aquella difícil noche y cesó con ella la tempestad y amainó su fuerza, nuestros valientes soldados se dispusieron a llevar a cabo con empeño la empresa. Nada esperaban ni deseaban más que salir a los montes y hacer frente al enemigo idólatra. Pero después de ponderarlo mucho, se desistió del proyecto. En cambio enviaron trescientos soldados al mismo valle en que tres días antes los españoles habían repentinamente rodeado, atrapado y asesinado a nuestros hombres. Los soldados, sin embargo, no vieron allí a ningún español ni encontraron resistencia. Sólo hallaron un pequeño cañón de bronce, de aproximadamente una braza de largo, y dos barriles de pólvora. Cuando comprobaron, pues, que no había nada que hacer y como no tenían autorización para ello, evitaron la subida al monte y regresaron a la ciudad con lo que habían cogido. Al acercarse la noche el general ordenó que se subiese a bordo lo que habíamos

encontrado y desenterrado. La orden se llevó en seguida a efecto. Entre las cosas embarcadas había tres cañones de bronce, algunas campanas y otros materiales.

El domingo 18 de julio permanecimos anclados en la rada de Gomera.

Lunes, 19 de julio. Continuamos en la isla. Al ver que los españoles seguían en sus cuevas secretas y madrigueras de la montaña, prendimos fuego a la población e incendiámos todos los lugares a los que pudimos acercarnos, conventos, iglesias, /

(25) ermitas y casas. Todavía permanecimos en la ciudad hasta mediodía. Después los soldados de las Provincias Unidas la abandonamos, e inmediatamente embarcó el general con todo su ejército. Así dejamos en llamas la isla de Gomera, cosa que nunca había hecho antes ninguna nación. Cuando los españoles se percataron de que ya partíamos de la isla, salieron corriendo en multitud y con gran prisa de sus agujeros y cuevas secretas, y acudieron a apagar el fuego, como anteriormente habían hecho los de Las Palmas en la isla de Gran Canaria.

Martes, 20 de julio. Seguimos en la rada de Gomera. Dos de nuestros soldados pasaron este día al navío del capitán Kloyer y en su lugar vinieron al nuestro dos que estaban heridos y dos españoles.

*Breve informe o resumen de la partida
del Almirante hacia las Antillas*

(Después de dejar las islas, el general imparte sus órdenes a la armada y despide muy cortésmente a los capitanes y oficiales; emprende con su flotilla el viaje a las Antillas; los demás navíos regresan a los Países Bajos, cada uno a su lugar de origen)

Poco después de que el ejército de las Provincias Unidas hubiera ganado por fuerza de las armas la isla de Gran Canaria y conquistado la de Gomera, diversas causas obligaron a abandonarlas, no sin antes haber subido a bordo todo lo que en ellas encontramos y haber incendiado las poblaciones, iglesias, conventos y casas, y arrasado las fortalezas. Convocó el general a los /

(26) capitanes y oficiales de la flota y, reunidos todos los jefes, los recibió y agasajó, al tiempo que en unas palabras al respecto les dio las gracias por el leal y capaz empeño que habían demostrado en esta empresa. Rogó también a Dios todopoderoso que se dignara ser el único guía y misericordioso protector de todas sus iniciativas, para gloria suya y feliz prosperidad de las Provincias Unidas de los Países Bajos. De forma muy cordial y con amables palabras, razones y ejemplos diversos animó también a la oficialidad a continuar sus buenos comienzos

en el fiel y cabal servicio de Dios, de sus señorías y magistrados principales, las honorables autoridades y estados de los Países Bajos Unidos, así como a plena satisfacción del noble y valeroso gobernador general, Príncipe Mauricio, su primer jefe y señor, etc. Entre estos y otros asuntos similares transcurrió el día.

Miércoles, 21 de julio. Sopló viento del norte. Llamó de nuevo el general a los capitanes y oficiales, y por segunda vez se despidió con mucha cortesía de todos ellos. En su lugar nombró almirante en jefe de las naves que habían de volver a Holanda al esforzado capitán Jan Gerbrantson, y solicitó y encargó encarecidamente a los presentes que mostraran a éste cumplida obediencia y acatamiento, como si de él mismo se tratase, y que anunciaran también sus deseos a cuantos entonces no se encontraban allí. Finalizadas estas palabras de despedida, el almirante Jan Gerbrantson izó en lo alto de su nave el estandarte del Príncipe, /

(27) al tiempo que el honorable Peter van der Doest ordenaba que al punto se desplegasen también en su propio navío la misma bandera. En cuanto el sol se halló al sudoeste, todos los barcos levaron anclas a un tiempo e izaron velas, despidiéndose alegre y jubilosamente unos de otros por tercera vez. Así iniciaron sus distintas rutas: el general y su flota de treinta y seis navíos pusieron rumbo sur-sudoeste, y los treinta y cinco barcos del almirante Jan Gerbrantson partieron hacia levante en la dirección del viento, con destino a la patria (*).

Martes, 10 de agosto Marchábamos juntos con rumbo nordeste dieciséis de los navíos que regresaban a Holanda cuando, a una altura de 36 grados y 10 minutos, divisamos dos barcos desconocidos que venían del noroeste con velas desplegadas. Nos dirigimos a ellos, y los abordamos y capturamos después de mediodía: ambos eran españoles (**). Uno era un pequeño navío que procedía de Cabo Blanco, a 22 grados de latitud, con carga para Wolvis, en el Condado (?), donde residían sus tripulantes. Viajaba en estas naves un comerciante sevillano con cuarenta y siete hombres. Cada barco tenía dos piezas de artillería y cada tripulante un mosquete, pero no intentaron defenderse ni atacarnos. También encontramos allí un cargamento de seiscientas pieles curtidas, con un valor aproximado (según dijeron) de seis mil ducados, y dos sacas de dinero: una con 1100 y otra con 1.040 monedas de a real; había además dos toneles con aceite de ballena y dos barriles de goma arábica.

El jueves 19 continuamos las dieciséis naves antes mencionadas: amén de las dos españolas, cuatro barcos de guerra de Holanda del Norte, cuatro de Zelanda y una del Mosa, cuyo capitán /

(*) Al margen figura la siguiente anotación. La flota holandesa se divide en dos partes: una regresa a la patria y la otra prosigue hacia las Antillas

(**) Al margen figura la siguiente anotación. Captura de dos presas españolas

(28) era Antony Leonardson. Todos los demás eran barcos de abastecimiento. Navegábamos con viento oeste-noroeste en dirección nordeste a norte, a 36 grados y 45 minutos de latitud. Los capitanes se habían reunido en consejo con el almirante para estudiar qué podía hacerse con el asunto de las presas españolas.

La flotilla de dieciocho navios siguió unida el 21 y 22 de agosto, sábado y domingo. Comprobamos que nos encontrábamos a una latitud de 39 grados y 6 minutos. Avanzábamos con ruta nor-noroeste y con el sol de sur a oeste. Soplaban viento del oeste-noroeste. Lisboa quedaba a nuestra derecha.

Lunes, 6 de septiembre. Viento de poniente. Nos desplazábamos con rumbo este. A mediodía lanzamos la sonda y dio una profundidad de cincuenta brazas. Encontramos también unas pequeñas conchas blancas cubiertas de púas. A los 49 grados 20 minutos, con el sol al sudoeste, divisamos la isla de Ouessant y proseguimos en dirección nordeste a norte.

El martes 7 de septiembre, con el sol de este a sudeste, vimos ya Inglaterra. Soplaban un fuerte aire tempestuoso del sur-suroeste y navegábamos a nor-nordeste. Nos acercamos a tierra en Gawstert, viramos después y proseguimos hacia el este-sudoeste. Por la tarde sopló con tanta fuerza el viento que nos obligó a arriar la vela mayor y continuar toda la noche con sólo dos velas menores.

Miércoles, 8 de septiembre. Siguió el mal tiempo. Con el sol de este a sur divisamos la isla de Wight al nor-noroeste de nosotros. Navegamos todo el día con rumbo este-nordeste y con el trinquete al viento. Al atardecer vimos Pevensey, y pasamos junto a Dover en el segundo cuarto de la noche.

Jueves, 9 de septiembre. En cuanto comenzó a nacer el día se encalmó el tiempo, aunque permaneció anubarrado. /

(29) Con el sol al sudeste, nos detuvimos ante Nieuwpoort durante toda la marea. El viento era del este, pero cambió al noroeste después de mediodía e izamos velas de nuevo, prosiguiendo toda la noche con el trinquete al viento.

El viernes 10 de septiembre de 1599 estábamos al amanecer frente al Mosa; y con ayuda de la misericordia y gracia de Dios llegamos a Brielle con el sol en el sudoeste.

Desde entonces ha arribado a Texel otro barco de guerra que creíamos perdido, cuyo capitán era cierto Cater, de Amsterdam, al que la tempestad había apartado del resto de la flota durante el viaje. Este capitán había capturado algunas presas y, en unión de dos barcos británicos, se había apoderado de una carabela de aviso procedente de la India con un cargamento muy valioso. Como tenía tripulación más numerosa que los ingleses, dividió con ellos el botín en dos partes, y ha regresado así este mismo mes de octubre.

Mayo

L.	M.	Mi.	J.	V.	S.	D.
	25	26	27	28	29	30
31						

Junio

L.	M.	Mi.	J.	V.	S.	D.
	1	2	3	4	5	6
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30				

Julio

L.	M.	Mi.	J.	V.	S.	D.
			1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

Agosto

L.	M.	Mi.	J.	V.	S.	D.
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30	31					

Septiembre

L.	M.	Mi.	J.	V.	S.	D.
		1	2	3	4	5
6	7	8	9	10		

Calendario citado por el autor. Año de 1599.

ÍNDICE DE PERSONAS Y LUGARES

(Los números aluden tanto a la paginación de la edición inglesa de 1599 como a los de esta traducción.)

- Alegranza (isla): 7.
 Amsterdam: 2, 4-5, 8, 10, 29.
 Antillas: 25.
 Blackness: 2.
 Blanco (cabo): 27.
 Brielle: 29.
 Bynon (capitán): 21.
 Calais: 2.
 Canarias (Islas) *passim*.
 Cater (capitán): 29.
 Cleiburg: 1.
 Cloper, William Derickson: 1.
 De Bloome (alférez): 7.
 Derickson, Jacques: 16-17.
 Dover: 28.
 El Ferrol: 3.
 Finisterre (cabo): 5.
 Fuerteventura: 7, 15.
 Galicia: 5.
 Gawstert: 28.
 Gerbrantson, Jan: 2, 20, 26-27.
 Gheleinson, Cornelius: 2.
 Gomera: 19-25.
 Graciosa (fuerte): 16-17.
 Gran Canaria: 7-21.
 Hamburgo: 4.
 Hertman, Henrick: 7, 18.
 Holanda: 1, 26-27.
 Ijsselmonde: 15.
 India: 29.
 Kloyer (capitán): 17, 25.
 Krujc (capitán): 9.
 La Coruña: 3-5.
 Lanzarote: 7.
 Las Palmas: 10-19, 25.
 Leonardson, Antony: 28.
 Lisboa: 28.
 Mauricio de Nassau: 3, 26.
 Meerbeck: 21.
 Mosa (rio): 2, 10, 27, 29.
Moy Lambert (navio): 4.
 Nieuwpoort: 29.
 Oporto: 5.
Orange (navio): 2.
 Ortegál (cabo): 3.
 Ouessant (isla): 28.
 Pevensey: 3, 28.
 Prior (cabo): 3.
 Pijc, Henrick (capitán): 7.
 Quyt (capitán): 16-17.
 Rotterdam: 1, 6, 18.
 Roxent (cabo): 5.
 San Lúcar de Barrameda: 5.
 San Vicente (cabo): 5.
 Sevilla: 27.
 Sisargas (islas): 5.
 Teide: 18.
 Tenerife: 18-20.
 Texel (isla): 29.
 Thunesson, Harman (alf): 7.
 Van der Eynde, Peter: 12.
 Van der Doest, Peter (general):
 passim.
 Vivero: 3.
 Vlissingen: 1, 13.
 Weelings (?): 1.
 Wight (isla de): 28.
 Wolvis: 27.
 Zelanda: 1, 27.
 Zwartekeys, Jan Cornelesson: 18.